

San Agustín. El cielo (I)

RESUMEN:

Agustín sabe –mediante la certeza que nace de la fe– que el ser humano ha sido creado para el cielo. El cielo cristiano (¿es plausible creer en otro?) tiene unos rasgos concretos que lo definen y caracterizan. El presente artículo intenta describir los elementos decisivos del cielo agustíniano: su vinculación con la creación divina, los peregrinos que hacia él se encaminan, el juicio que da acceso al mismo, sus vinculaciones con la *civitas Dei*... Terminamos ofreciendo unas conclusiones. El artículo posee 2 partes. Ésta es la 1^a.

PALABRAS CLAVE: Cielo, creación, peregrino, juicio, ciudad de Dios, fe, visión y vida bienaventurada.

ABSTRACT:

Augustine knows –through the certainty that comes from faith– that the human being has been created for heaven. The Christian heaven (is it plausible to believe in another?) has specific features that define and characterize it. The present article tries to describe the decisive elements of the Augustinian heaven: its connection with divine creation, the pilgrims who are heading towards it, the judgment that gives access to it, its connections with the *civitas Dei*... Offering some conclusions. The article has 2 parts. This is the 1st.

KEY WORDS: Heaven, creation, pilgrim, judgment, city of God, faith, vision and blessed life.

1. PRESENTACIÓN

San Agustín anhela fervientemente ir al cielo ¹. Asevera que allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos. Esto es lo que habrá al fin, más sin fin ².

Aimé Solignac ha descrito muy bien el cielo que el hiponense contempla cuando cierra los ojos y se pone a imaginar con la mente y el corazón. El cielo agustiniano –en opinión de Solignac– se conecta con la contemplación de la alegría de Dios, a la que el hombre tiene acceso desde su creación. Dios ilumina al ser humano constantemente, y así el intelecto de la criatura participa en la presencia y en la dicha divina. El cielo agustiniano está formado por el grupo de ciudadanos que en él habita. Es el lugar de los “ángeles santos”, que viven la armonía nacida de la unidad de mente y corazón, característica esencial de la *civitas Dei*. En el cielo el conocimiento es pleno e inmediato, en un escenario de atemporalidad. En él se goza de la sabiduría compartida, a través de la *contemplatio luminis*. Es grande e intenso el deseo que Agustín posee de gozar del cielo, advirtiendo que tras la incómoda *peregrinatio* terrena, llegará la patria definitiva. Un anticipo –lógicamente limitado– de lo que Agustín gozará en el cielo es la visión que el propio Agustín disfruta en Ostia con su madre. Evidentemente, la sed del Agustín peregrino en el espacio y en el tiempo revela el movimiento epectático, que dinamiza la duración de los místicos.

1 Algunos estudios que se han acercado a este tema en la última década son, entre otros: PIERCE, A., «Augustine's Eschatological Vision: The Dynamism of Seeing and Seeking God in Heaven», en *Pro Ecclesia* 29/2 (2020) 217-238; PERREAU-SAUSSINE, E., *Heaven as a political theme in Augustine's City of God: Paradise in antiquity: Jewish and Christian views*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge 2010, pp. 179-191; MAZAHERI, J. H., «Calvin and Augustine's interpretations of “the father in heaven”», en *Revue d'Histoire Ecclésiastique* 106/3 (2011) 440-451; COUENHOVEN, J., «The necessities of perfect freedom», en *International Journal of Systematic Theology* 14/4 (2012) 396-419; NUNZIATO, J., «Created do confess: St. Augustine on being material», en *Modern Theology* 32/3 (2016) 361-383; WARD, K., «Porters to heaven: wealth, the poor, and moral agency in Augustine», *Journal of Religious Ethics* 42/2 (2014) 216-242; BAKER, K., «Guardian of a pure heart: St. Augustine on the path to heaven», *The Homiletic and Pastoral Review* 110/4 (2010) 73-74.

2 Cf. civ.Dei 22,30,5.

La meta final la describe el santo como la contemplación de los espíritus celestiales; éste es el ideal de la unión del hombre con Dios, algo que ni Agustín ni nadie puede alcanzar todavía aquí. No obstante él lo anhela ardientemente, pues reconoce que aquí se alcanzan las cumbres del amor, así como la felicidad celestial ³. Después de una (relativa) larga vida, el santo espera ir al cielo. Allí su corazón inquieto descansará definitiva y felizmente junto al Dios trinitario que ha creado y lo espera.

El cielo es el lugar de los redimidos, unidos a los (miles de) ángeles. Es el lugar de la transparencia (manifestación de intenciones) y de la ausencia de ocultamiento (ningún pensamiento queda oculto al prójimo). Es el lugar de la consonante concordia en la alabanza de Dios. Así nos lo narra Agustín: “*Es cierto que en aquella ciudad de los santos (en la que los redimidos de esta generación se reunirán para siempre a los miles de ángeles por Jesucristo) las voces corporales manifestarán las intenciones ya de por sí manifiestas. Porque, en aquella sociedad divina, ningún pensamiento podrá ocultarse al prójimo, sino que habrá una consonante concordia en la alabanza de Dios. Y no sólo será manifiesta esa consonancia en el espíritu, sino también en el cuerpo espiritual*”⁴.

El cielo es también el premio prometido por el Señor a los perseverantes. Consiste en vivir con Él para siempre. Hay ausencia de tentaciones y de escándalos. Hay ausencia de tristeza y presencia del gozo y la seguridad cierta de los gozos eternos; también de la inmortalidad feliz y la felicidad sin fin. Señala Agustín: “*El Señor conoce a los que son tuyos, él, que predijo que iban a acontecer todos estos escándalos que nos llenan de tristeza, nos exhortó a no desfallecer y nos prometió, si perseveráramos con su ayuda, un premio: el de vivir con él por siempre allí donde no podrán existir tales tentaciones y tales escándalos; pues allí no habrá tristeza alguna, sino sólo gozo y la seguridad cierta de los gozos eternos y la inmortalidad feliz y la felicidad sin fin*”⁵.

3 Cf. SOLIGNAC, A., *Voz “Caelum, caeli”*: CORNELIUS MAYER (ed.), *Augustinus-Lexikon (Vol. 1)*, Verlag/Publishers/Editions Schwabe & Co. AG, Basel 1986-1994, cols. 702-704.

4 Ep. 95,8.

5 Ep. 18*,3.

Agustín describe el cielo⁶ cimentando su propuesta teológica en bases bíblicas. No podía ser de otra manera. También están detrás los efectos ideológicos que en él han dejado el platonismo y el neoplatonismo. No es sólo defensor de la inmortalidad del alma (ahí está su famoso *De immortalitate animae*). También cree –alineado con las mejores intuiciones de Ireneo– en la grandeza del cuerpo y en su resurrección. Es cierto que se trata de un cuerpo cambiado, reformado, y transformado en cuerpo celestial. Es el mismo cuerpo que tenemos ahora, y al mismo tiempo –paradójicamente– es diferente. Es diferente en algunos de sus rasgos identitarios. Será incorruptible y perfecto, de acuerdo a su potencial. En el cielo toda la persona humana (en cuerpo y alma) disfrutará de Dios.

El cielo de Agustín nos lleva a pensar en el individuo y en el grupo, en la persona y en la sociedad. Cada uno –en el más allá, así como en el más acá– posee su propia individualidad. Se distingue de los otros y –por supuesto– de Dios. Al cielo llega cada una de las personas que ha sido salvada. Allí está también *sine macula et sine ruga* la comunidad de las personas salvadas: está indefectiblemente la comunión de los santos (*communio sanctorum*), la Iglesia en su estado perfecto (*ecclesia perfecta*), la ciudad de Dios y el cuerpo de Cristo⁷.

El santo distingue entre “bóveda celeste” (*caelum*) y “cielo” (*caelum caeli*)⁸. En el cielo agustiniano se alcanza, por fin y sin fin, la plena satisfacción para el entendimiento y para el amor. Es el estado en el cual se puede entender (*intelligere/videre*) y disfrutar (*gaudere/frui*)⁹. Llegar al cielo agustiniano supone dejarse arrastrar por esa corriente de luz y amor divino que nos agracia, deleita, y lleva a la victoria (*delectatio victrix*). Dios nos atrae de mil modos para llevarnos al cielo. Nuestro proyecto ha de consistir en soltarnos de una vez por todas de las ataduras que nos esclavizan y que impiden el vuelo sublime de nuestra libertad.

6 Resumimos aquí las reflexiones de BURTON RUSSELL, J., «Voz “cielo”», en FITZGERALD, A., *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, pp. 260 y 261.

7 *Ibid.*, p. 261.

8 *Ibid.*, p. 260.

9 En Trin. 8,3-10 se habla precisamente del amor al que aludimos.

El cielo agustiniano es una realidad atemporal y supratemporal. Llega cuando el tiempo se acaba. Se encuentra en el escenario escatológico, en el que habitan las almas bienaventuradas. En el cielo agustiniano se dan cita todos los que –a lo largo de toda la historia– han escogido a Dios, desde la primera hasta la última generación de la humanidad. Son los que ya lo han adorado aquí en la tierra y lo seguirán adorando incansable y gozosamente en el más allá. En el cielo se reúnen los que –amando a Dios– se aman unos a otros con un perfecto cumplimiento de lo indicado en *Dt* 6,4-5.

El cielo agustiniano es el paraíso definitivo que recapitula y mejora el paraíso original. En él se da la restauración de la inocencia humana, repleta de potencial antropológico. Agustín, evidentemente, defiende la resurrección del cuerpo: dejando de parecerse a Adán, se parecerá a Cristo. Hablar del cielo agustiniano es hablar del reino, de la *civitas Dei*, del final del tiempo... Vivir en el cielo es algo que puede iniciarse ya aquí –en el espacio y en el tiempo–, aunque obviamente de modo imperfecto. Vivir en Cristo –aquí abajo– significa saborear un poco (o un mucho) las delicias del cielo escatológico. En el cielo alabamos a Dios eternamente y somos perfectos en nuestro más alto potencial.

El cielo, visto desde abajo, es el estado que desborda nuestra capacidad conceptual para definirlo. Lo que es evidente es que en él, el corazón inquieto agustiniano hallará su descanso en Dios¹⁰. Al final de nuestra vida –si es voluntad de Dios y si lo hemos merecido, abriendonos dócilmente a la obra de su gracia– nos encontraremos con el que es la fuente de nuestra felicidad y la meta de nuestros deseos¹¹.

El cielo es el *ya sí* para el abrazo de Dios. Llegar a él presupone nuestra muerte, tras la cual se presenta el lugar celeste, siempre abierto a los que lo anhelan¹². Es cierto que Dios quiere que todos los hombres se salven (*1 Tim* 2,4), aunque también es cierto que la libertad humana puede lamentablemente dar al traste con el proyecto salvífico de Dios. Así como existe una solidaridad de todos los hombres en

10 Conf. 1,1,1.

11 Civ.Dei 10,3.

12 Civ.Dei 21,15.

Adán y Eva, no existe una solidaridad igualada a nivel universal de todos los hombres en Cristo ¹³.

El cielo es el lugar de la presencia de Cristo. Estar en el cielo es estar plenamente en Cristo. Es evidente que Dios no obliga a nadie a ir al cielo: se exige el sí de nuestra libertad, de manera que no rechacemos la gracia que ha de llevarnos al cielo ¹⁴. Entonces llegará el reposo del cielo.

El cielo estaba lejos de nosotros antes de que subiera nuestra Cabeza, Cristo ¹⁵. Él nos precedió, y tiene en el cielo su cátedra ¹⁶. Él mismo trasladará al cielo a sus siervos ¹⁷. Él fue –de hecho– quien abrió el cielo, el cual se cerró para el género humano tras el pecado de Adán ¹⁸. El primero en entrar fue el ladrón ¹⁹. Pidamos a Dios la virtud de la esperanza para poder entrar nosotros con él.

2. EL CIELO Y LA CREACIÓN ²⁰

Indica el hiponense que no hemos de amar el cielo, sino a su creador ²¹. Agustín habla sobre el cielo ya en el contexto creacional. El cielo es cielo creado por Dios. Lo hace en coloquio con los maniqueos. El cielo y la tierra han sido creados *ex nihilo*. Apunta el hiponense que los cielos y la tierra significan las criaturas visibles, que están sujetas a cambios, mientras que solo Dios es inmutable: el que es antes de los tiempos ²².

13 Cf. BURTON RUSSELL, J., «Voz “cielo”»: en FITZGERALD, A., *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, p. 261.

14 Cf. civ.Dei 21,17; enh. 98-105.

15 Cf. ser. 96,3.

16 Cf. ser. 206,3 y 270,1.

17 Cf. ser. 335-K,2.

18 Cf. ser. 314,1.

19 Cf. ser. 314,1.

20 Condensamos las aportaciones de VANNIER, M.-A., «El cielo en San Agustín», en GRAÑA CID, M^a M., *El cielo. Historia y espiritualidad*, Ed. Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2018, pp. 59-66.

21 Cf. ser. 22-A,4.

22 Cf. Gn.ad man. 2,6,7.

En su primer comentario genésíaco, “cielo” es un término genérico, que agrupando a todas las criaturas, difiere del principio maniqueo de “luz”. En su comentario genésíaco literal explica que la bóveda etérea que golpea nuestros ojos –junto al mundo invisible de los poderes superiores– ha sido llamada cielo. ¿Toda criatura superior e invisible está incluida en el nombre de “cielo”? ¿Este término designa las cosas formadas o la materia informe? La cuestión la deja abierta en *Gn.litt.*

El cielo –en el ámbito de la reflexión creacional– es una realidad que no vemos. En relación a él, es tierra todo lo que vemos. El cielo de nuestra tierra es tierra, dirá. No obstante esto es lo que vemos desde aquí abajo. Agustín advierte que ignora lo que el cielo es para el Señor²³. El tagastino, cuando piensa en el cielo, piensa en lo inmaterial. Así se deduce de sus *Confesiones (caelum)* y de sus *Comentarios a los Salmos (caelum caeli)*. Estamos ante una esencia inmaterial, que prevalece en dignidad sobre el resto de la creación. Esto lleva a pensar en una inteligencia o en una ciudad de inteligencias. Están unidas a Dios por una contemplación sin desmayo, superando el flujo de lo temporal (Jean Pépin)²⁴.

En *conf. 12,9,9* identifica el denominado *caelum caeli*²⁵ con una criatura intelectual, algo no poco llamativo para nosotros. Afirma explícitamente: “*De ahí que el Espíritu, maestro de tu siervo [Moisés], cuando recuerda que «tú hiciste en el principio el cielo y la tierra», calla sobre los tiempos, guarda silencio sobre los días. Y es porque el cielo del cielo, que hiciste en el principio, es una criatura intelectual, que aunque no coeterna a ti, ioh Trinidad!, sí participa de tu eternidad; cohíbe sobremanera su mutabilidad con la dulzura de tu felicísima contemplación, y sin ningún desfallecimiento, desde que fue hecha, adhiriéndose a ti supera toda vicisitud voluble de los tiempos. Pero esta informidad o tierra invisible y caótica tampoco se halla numerada entre los días; porque donde no hay ninguna especie, ningún orden, ni viene ni va cosa alguna; y donde eso no sucede, ni existen realmente días ni vicisitud de espacios temporales*

. Dicha criatura, que en seguida nos lleva a pensar en los ángeles, no es coeterna con Dios, supera la mutabilidad y el tiempo, y vive en presencia de Dios. Es la criatura que posee la

23 Cf. *conf. 12,2,2*.

24 Citado en VANNIER, M.-A., «El cielo en San Agustín», p. 61.

25 Los expertos indican que –en la comprensión del *caelum caeli*– Agustín está influido por el platonismo, el neoplatonismo y el antimaniquismo.

felicidad, que contempla las delicias de Dios y que se caracteriza por la pureza intelectual y la estabilidad de la paz de los espíritus santos, que son ciudadanos de la ciudad divina²⁶.

Los ángeles –en la cosmovisión del tagastino– son modelos de creación acabada y representantes de los justos, de los que viven en Dios. Están más allá del tiempo, designan a la humanidad consumada y remiten a la Jerusalén celeste. Los ángeles son el prototipo de la creación humana. Son libres por la sobreabundancia del amor divino y también interlocutores de Dios²⁷.

Digamos que el cielo creado –según *conf.*– está caracterizado por la estabilidad de la supratemporalidad: *“tu casa, que no ha peregrinado, ni te es coeterna, adhiriéndose a ti incesante e indefinidamente, no padece ya vicisitud alguna de tiempos. Esto me parece claro en tu presencia, y te suplico que me lo sea más y más y persista sobrio en esta manifestación bajo tus alas”*²⁸. El cielo –en el marco de esta prosopopeya– aparece como criatura completa, que disfruta de la eternidad y de la inmutabilidad divinas²⁹.

El cielo creado es una ciudad de inteligencias superiores que están clavadas en Dios por la contemplación. En clave cosmológica, aquí hay una identificación directa con los ángeles. En clave escatológica, la vinculación estrecha se establece con las almas de los justos (Jean Pépin)³⁰. Unos y otras cohabitán en la morada celeste.

El cielo creado es el lugar de la resurrección para la vida. En este sentido, Dios muestra su gran bondad con toda la creación, y especialmente con el hombre. Esto lo dice Agustín tanto por la naturaleza que Dios le ha otorgado, como por el destino para el que lo ha creado. Dios es omnípotente, ha creado al hombre por amor, y esta creación suya tendrá su triunfo final e irrevocable en la futura resurrección. Cristo ha resucitado y ha llevado a cabo milagros, lo cual hace razonable la fe en nuestra resurrección. Allí

26 Cf. *conf.* 12,11,12. Y también VANNIER, M.-A., «El cielo en San Agustín», pp. 61 y 62.

27 Cf. VANNIER, M.-A., «El cielo en San Agustín», p. 63.

28 *Conf.* 12,11,13.

29 Cf. VANNIER, M.-A., «El cielo en San Agustín», p. 62.

30 *Ibid.*, p. 62.

donde está Él, ojalá estemos un día nosotros. Lo que Dios promete en este escenario es brindar a las almas una felicidad eterna en un cuerpo eterno.

Agustín está más allá de Platón y más allá de Porfirio. Platón decía que las almas no pueden estar eternamente sin los cuerpos y, en consecuencia, que las almas de los sabios, después de algún tiempo, se unirían a ellos. Porfirio indicaba que el alma perfectamente purificada no volvería otra vez a las miserias de este cuerpo. Agustín coincide en algo con cada uno, pero los supera a los dos juntos: las almas de los justos volverán a sus cuerpos, pero esos cuerpos ya no serán corruptibles³¹.

Agustín describe a Cristo como Creador y hacedor del cielo. Escribe el santo: «*El cielo y la tierra proclaman que han sido creados, “mutantur enim atque variantur”*»³². Cristo participó en la creación del cielo: «*Cristo, del linaje de David, hijo de David, que se anonadó a sí mismo, resucitó. ¿Cómo se anonadó? Recibiendo lo que no era, sin perder lo que era. Se anonadó, es decir, se humilló. Siendo Dios, se manifestó como hombre. Caminando por la tierra fue despreciado quien hizo el cielo [...] Señor de David e hijo de David*»³³. Estamos ante el Hijo único de Dios. Agustín alude a esta unicidad cuando se refiere a la creación del cielo y la tierra³⁴ y en el comentario a otros textos creacionales³⁵.

El cielo creado es, además, el lugar del que caen las estrellas: «*en la misma revelación se habla de la visión de las almas de los mártires y del Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y aparecen caballos y otros animales figurados con todos sus caracteres, y, finalmente, se dice que las estrellas cayeron del cielo y que el cielo se enrolló como un libro que se enrolla, y, sin embargo, no se desplomó el universo*»³⁶. Los bienes del

31 Cf. civ.Dei 20,6,1; 22,24,5; 22,5; 22,27-28. Citados en LUCAS F. MATEO-SECO, *Escatología: J. OROZ RETA – J. A. GALINDO RODRIGO, El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy / II. Teología dogmática*, Ed. Edicep, Valencia 2005, pp. 978 y 979.

32 Conf. 11,4,6.

33 Ser. 92,3,2-3.

34 Conf. 13,5,6.

35 Conf. 13,9,10.

36 An. et or. 4,15,21.

cielo se obtienen en Cristo y se esperan desde la cruz: “*en este signo de la Cruz se encierra toda nuestra vida cristiana, como es el obrar bien en Jesucristo, el estar continuamente unido a Él, el esperar los bienes del cielo, el no profanar los divinos misterios*”³⁷. La lección de la entrega de la propia vida es para nosotros una enseñanza sublime: la aprendimos junto a Jesús, el Maestro de todos que “está en los cielos”³⁸. Él es –además– la Sabiduría totalmente coeterna y parigual a Dios, por quien fueron hechas todas las cosas y en cuyo principio Dios hizo el cielo y la tierra³⁹.

Mientras caminamos hacia la patria somos alimentados con el pan vivo. Cuando lleguemos a cometer algún pecado contra la fraternidad del Cuerpo de Cristo, el propio pan vivo, bajado del cielo, nos traerá el perdón⁴⁰. Estamos hablando del que es el “Pan del cielo”⁴¹ que nos alimenta con la vida divina, con el Verbo Divino⁴². Ha bajado de lo alto. Junto a su capacidad de alimentarnos se halla su capacidad de justificarnos también: “*la justificación del impío es una obra más grande que la creación del cielo y de la tierra, porque «el cielo y la tierra pasarán», mientras la salvación y la justificación de los elegidos permanecerán*”⁴³.

Si queremos llegar al cielo, el lugar o el estado que nos espera y que anhelamos, vivamos siendo muy conscientes de nuestra propia filiación: “*seamos hijos de nuestro Padre que está en los cielos; porque Él hace salir su sol sobre malos y buenos*” (Mt 5,44-45). Seamos cuidadosos y fieles, constantes en no dejar al Señor para no perderlo; a ello nos invita el hijo de Santa Mónica: “*¿y quién es este, sino nuestro Dios, el Dios que ha hecho el cielo y la tierra y los llena, porque llenándolos los has hecho? Nadie Señor te pierde, sino el que te deja*”⁴⁴.

37 Doc.chr. 2,41,62.

38 Mag. 14,46.

39 Conf. 12,15,20.

40 Ser. 83,2.

41 Ser. 130,2.

42 Lib.arb. 3,10,30.

43 Io.ev.tr. 72,3.

44 Conf. 4,9,14.

3. LOS PEREGRINOS HACIA EL CIELO⁴⁵

Mientras caminamos por este mundo, hemos de saber por dónde guiar nuestros pasos, para ir bien encaminados. Vamos –hemos de ir– hacia el cielo, aunque por el amor a Jesús, ya estamos en el cielo⁴⁶. Agustín admite, una y mil veces, que la Escritura es como el faro de la luz segura que Dios utiliza para dirigir bien nuestros pasos. Mientras caminamos hacia el cielo, tenemos “otro cielo” aquí en la tierra: es el firmamento de la Escritura, que nos va guiando en la vida presente. La Escritura es el cielo que permanece: *“Porque en el cielo, Señor, está tu misericordia y tu verdad sobre las nubes. Pasan las nubes, más el cielo permanece. Pasan los predicadores de tu palabra, de esta vida a otra vida; pero tu Escritura se extiende hasta el fin sobre los pueblos. Y pasarán el cielo y la tierra, pero tus palabras no pasarán; se plegará la piel, y el heno sobre el que se extendía pasará con su brillantez; más tu palabra permanecerá eternamente”*⁴⁷.

Estamos ante el “firmamento de la Escritura”. Es la Escritura una realidad performativa, capaz de transformar la existencia, favoreciendo la conversión del sujeto lector. Es, en opinión de Isabelle Bochet, *“a la vez interpretada e interpretante”*⁴⁸. Hablar del “firmamento de la Escritura” –según Bochet– invita a articular el tiempo de los hombres y la eternidad de Dios, y a ver en las Escrituras lo que ilumina, incluso lo que da forma a la existencia humana, ya sea en clave individual o colectiva⁴⁹.

No hemos llegado todavía a la patria, al cielo. Estamos aún en camino hacia él. Hemos de caminar aquí con libertad, sin apegarnos o

⁴⁵ Un ejercicio espiritual –en clave agustiniana– que nos devuelve la conciencia de ser peregrinos es la propuesta 7^a que aparece en A., G. NIÑO, *Ejercicios Espirituales con San Agustín*, Ed. San Pablo, Madrid 2016, pp. 275-324.

⁴⁶ Cf. ser. 263-A,1.

⁴⁷ Cf. conf. 13,15,18.

⁴⁸ Cf. BOCHET, I., *Le firmament de l’Écriture. L’herméneutique augustinienne*, Paris 2004, p. 16. Citado en VANNIER, M.-A., «El cielo en San Agustín», GRAÑA CID, M^a M., *El cielo. Historia y espiritualidad*, Ed. Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2018, p. 65.

⁴⁹ Cf. BOCHET, I., *Le firmament de l’Écriture. L’herméneutique augustinienne*, Paris 2004, p. 8.

atarnos a nada ni a nadie. Somos peregrinos que nos dirigimos hacia Dios en esta vida mortal. Si queremos llegar a la patria donde podemos ser bienaventurados, hemos de usar de este mundo, más no gozar de él, a fin de que por medio de las cosas creadas contemplemos las invisibles de Dios. Gozar significa adherirse a una cosa por el amor de ella misma. Usar significa emplear lo que está en uso para obtener lo que se ama, si es que debe ser amado⁵⁰. Agustín emplea su teorema del *uti-frui* para exhortarnos a caminar ligeros de equipaje, sin adherirnos cordialmente a nada del más acá. Entonces nos desplazaremos ágil y convenientemente hacia el cielo, cuando por medio de las cosas temporales consigamos las espirituales y eternas⁵¹. Afirma el tagastino: “*nuestro trato está en el cielo (Flp 3,20). Por tanto, estar pegado a las cosas terrenas es la muerte del alma*”⁵².

Mientras se va desarrollando nuestra vida aquí en la tierra, vamos siendo conformados a imagen del Hijo. Vamos imitando y adquiriendo la *forma Verbi*. Se precisa nuestra *conversio*, y entonces nos tornamos hacia quien es verdaderamente y eternamente. Volvemos hacia el *creator*, adquirimos la *forma*, y nos constituimos en criaturas perfectas⁵³. Ya aquí en este mundo hemo de ir siendo introducidos en la vida trinitaria. Agustín –a la hora de desglosar sus argumentos– emplea la creación angélica vinculándola a la maduración de la antropología cristiana. El hombre está llamado a progresar y a dialogar con su creador, sin la necesidad maniquea del retorno al origen. Ir caminando hacia el cielo supone tomarse en serio la dimensión mística de la vida, vinculada a la propia *formatio* interna y a la divinización⁵⁴. Hemos sido creados a imagen de Dios. Somos imagen de Dios y hemos de sanear y cuidar esta imagen que se halla impresa en

50 Cf. doc.chr. 1,4,4.

51 Cf. doc.chr. 1,4,4.

52 Enar.psal. 118,10,1,v.25.

53 Cf. Gn.litt. 1,4,9.

54 Cf. VANNIER, M.-A., «El cielo en San Agustín», en GRAÑA CID, M^a M., *El cielo. Historia y espiritualidad*, Ed. Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2018, p. 64.

nuestro interior. Mediante la purificación y el saneamiento total de lo que opaca nuestra *imago Dei* iremos al cielo⁵⁵.

Los *peregrini* son residentes extranjeros y el *peregrinus* tiene nostalgia de la patria celestial, sintiéndose como un cautivo que –en tierra extraña– ansía su liberación⁵⁶. Cristo también fue, a su modo divino-humano, peregrino: “*se cansó en los caminos de este mundo el que se hizo a sí mismo camino hacia el cielo para nosotros. Ante quienes lo insultaban, se portó como un sordo y un mudo quien había hecho hablar a los mudos y oír a los sordos; fue encadenado el que rompió las cadenas de las enfermedades; fue flagelado el que libraba a los cuerpos de los hombres del azote de todos los dolores; murió el que resucitaba a los muertos. Pero también resucitó para no volver a morir, de modo que, a ejemplo suyo, nadie temiera despreciar la muerte, como si nunca hubiera de vivir para siempre*”⁵⁷. Éste es Cristo; a nosotros bajo el cielo no se nos ha dado otro nombre por el que debíamos salvarnos (*Hch 4,12*).

El Médico nos ha venido desde lo alto, desde el cielo. Siendo humilde sana nuestra soberbia: “*por este vicio, por este gran pecado de soberbia, vino Dios humilde. Ésta es la causa de esta venida, éste es el pecado grande, ésta la enfermedad gravísima del alma que trajo del cielo al Médico omnípotente, que le humilló hasta la forma de siervo, que le afrentó, que le suspendió del madero, para que por la salubridad de tan eficaz medicina se curara este tumor*”⁵⁸.

En la peregrinación por este mundo, a algunos hermanos nuestros se les exige dar la vida de forma excepcionalmente heroica. Se trata de los mártires. El martirio es un signo insuperable de la imitación de Cristo y un ejemplo propuesto a los cristianos peregrinos. Desemboca en la unión con Cristo en el cielo⁵⁹. El testimonio áureo de los mártires contrasta con las pobrezas de este mundo que hallan

55 Cf. CILLERUELO, L., y CAMPELO, M. M^a, *San Agustín actual: Temas de hoy*, Monte Casino, Valladolid 1994, pp. 71-74.

56 Cf. BROWN, P. *Agustín*, Ed. Acento, Madrid 2001, pp. 336-337.

57 Cat.rud. 22,40.

58 Enar.psal.18,2,15.

59 Cf. PELLEGRINO, M., «Cristo e il martire nel pensiero di Sant'Agostino», en *Rivista di Storia e Letteratura religiosa* 2 (1966), 428-452.

los cristianos alrededor de sí mismos; en efecto, los hombres que poseen la Palabra de Dios se hallan en medio de una generación extrañada y perversa, como luminares que brillan en el cielo⁶⁰. Aún en medio de las dificultades hemos de seguir caminando en la fe; Cristo, que irradia la luz eterna (*Sb* 7,26), nos pide no quedarnos mirando al cielo con los brazos cruzados (recordemos aquello de ¡Galileos, qué hacéis ahí parados...!)

Somos peregrinos, conscientes de que hay otra Jerusalén, que dice estar en los cielos: la Jerusalén de arriba, la madre de todos nosotros. La llama «madre», cual si fuera la metrópoli, pues «metrópoli» significa «ciudad madre». A ella, pues –nos enseña el Santo Obispo de Hipona– hemos de apresurarnos; “hemos de darnos cuenta de que somos peregrinos hacia ella y de que estamos en camino”⁶¹. Aunque no hemos llegado todavía a ella, aquí tenemos a la Iglesia, que nos acompaña y nos alienta. En medio del espacio y del tiempo ella es la ciudad de la esperanza. Es la que cree en un cielo nuevo y en una tierra nueva en la que habita la justicia (2 *P* 3,13). Es la sabedora que al final podremos disfrutar de Dios en el escenario escatológico. En opinión de Bonner, Agustín –en este contexto espiritual– puede ser llamado un místico: transforma la experiencia en una imagen de toda la experiencia vital del alma/ espíritu que va a Dios y espera disfrutar de Él, después de la muerte, en el Reino de los cielos⁶².

Además de lo señalado, Agustín –mientras dura la vida en este mundo– brinda a los suyos principios pastorales para tranquilizar los espíritus, y para crear ánimo y esperanza. Quiere persuadirnos, además, de la equidad de los designios de Dios. Dios hizo unas promesas, es fiel a dichas promesas, y anunció el cumplimiento de las mismas; por eso es plausible creer en la bendición final, en la resurrección, en la recepción del reino eterno, en la vida de los resucitados, en la liberación de todo mal, en el olvido de las penas, en el agradecimiento al liberador, etc⁶³...

60 Cf. enar.psal. 93,5.

61 Ser. 346-B,1.

62 Cf. BONNER, G., «Augustine and Mysticism», VAN FLETEREN, F.; SCHNAUBELT, J. C., y REINO, J., en *Mystic and Mystagogue*, Peter Lang, New York 1994, pp. 114 y 143.

63 Cf. MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, Ed. BAC, Madrid 2004, pp. 657-678.

4. EL JUICIO PARA IR AL CIELO

Al final de nuestras vidas nos encontraremos con Cristo juez, que nos dirá si estamos o no en condiciones de ir al cielo. Evidentemente, la muerte del cuerpo resulta un bien para los buenos y un mal para los malos⁶⁴. Ya anotamos en otro lugar⁶⁵ que antes de entrar en el cielo es preciso “aprobar” el examen y “superar” el juicio del Señor Jesús. Cristo es Luz que juzga. Él ilumina juzgando y juzga iluminando, con el fin de separar el bien del mal⁶⁶, lo luminoso de lo tenebroso⁶⁷. Agustín, en más de una ocasión, asocia la luz con el juicio, llegando a afirmar que el Señor iluminará los escondrijos de las tinieblas, por lo que no hay que juzgar nada antes de tiempo⁶⁸. Sólo la luz de Dios es capaz de hacer un juicio justo e impecable.

Agustín sabe que cuando alguien entra en contacto con Jesucristo queda al descubierto su identidad personal. Cristo, con su Luz divina, juzga al que entra en contacto con Él. La misma Luz que ilumina los ojos sanos y también los ojos enfermos les sirve a unos de ayuda y a otros de tormento cuando entran en contacto con ella⁶⁹. La misión de ser Juez es una de sus funciones como Hijo de Dios e Hijo del hombre: juzga con la luz divina, y actúa como Juez y Salvador al mismo tiempo⁷⁰, integrando su capacidad de dar oportunamente el perdón, sin

64 Civ.Dei 13,8.

65 Reproducimos aquí, con ligerísimas variaciones, lo que ya apuntamos en su día en MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, *Jesucristo, el único iluminador salvífico, en la Teología Espiritual de San Agustín* [Tesis Doctoral], Madrid 2011, pp. 121-125. Texto completo disponible en: <https://www.educacion.gob.es/teseo/imprimirFicheroTesis.do?idFichero=NQfZJHL3Ub8%3D>.

66 Es importantísimo para este punto partir de una convicción agustiniana, según la cual “el Señor ilumina para juzgar” (cf. ser. 73-A,3; ser. 74,5), diferenciando lo bueno de lo malo.

67 Ser. 146,2. Jesucristo es, en realidad, la Luz del mundo, por el cual lucen nuestras obras (ser. 149,5 y 11).

68 Ser. 73-A,3.

69 Cresc. 1,23,28.

70 Nos pide el obispo de Hipona que nos convenzamos de que sus juicios son “misteriosamente justos” (civ.Dei 20,19,4), de manera que se crea que sólo Dios está capacitado para juzgar con verdad (enar.psal. 147,13). Barth indica que el Hijo de Dios es condescendiente con el hombre; en lugar de los pecadores asumió el juicio sobre sí

llegar a caer en juridicismos: “*No en vano se llama día del juicio a aquel en que vendrá el Juez de vivos y muertos. Como, por el contrario, son castigadas aquí algunas culpas que, no obstante, si son perdonadas, no dañarán en verdad en el siglo futuro*”⁷¹.

Todos entraremos en contacto con Cristo al final de nuestra vida y este contacto con Él nos juzgará⁷². Entonces nos dirá si el cielo es para nosotros o si nos está vedada la entrada. Pero Él no sólo juzgará al final de la historia⁷³, sino que dentro de la historia también va ejerciendo su juicio⁷⁴. Acercarse en esta tierra a Cristo y a su Evangelio es autoexaminarse a la luz del Dios cercano⁷⁵. El juicio se hace gracias a la Luz Divina. Por aquí va la reflexión del santo según, la cual al final “*se abrirá el libro de la vida de cada uno*”⁷⁶. Antes de que llegue el juicio, mientras estamos todavía en este mundo, tenemos tiempo para el arrepentimiento y la penitencia⁷⁷. Después, para los ya salvados, no habrá lugar para la penitencia⁷⁸.

Y un dato muy interesante: el poder judicial no le viene a Cristo por ser sólo hombre, sino por ser también Dios⁷⁹. Dios y hombre que juzga

mismo, y se convirtió en un rechazado. Desarrollando esta acción el verdadero juicio nos justifica a nosotros. Así Dios reveló su justicia y su amor. Esta reconciliación con Dios, además, sirve para exaltar la naturaleza humana, mostrando su compañerismo y ejerciendo un reinado santificador (cf. WALDROP, CH. T., *Karl Barth's Christology. Its Basic Alexandrian Character*, Ed. Mouton Publishers, Berlin 1984, p. 78).

71 Ench. 66,1.

72 Puede darse casi por supuesto lo que el santo dice en persev. 9,23, aludiendo a que “los hombres son juzgados por lo que hicieron”.

73 Ése será el momento cuando salga también de la Iglesia el *mysterium iniquitatis*, la falsa impiedad (cf. civ.Dei 20,19,2-4).

74 Se ve sobre todo en civ.Dei, todo el libro nº 20.

75 Según San Agustín no hay que recorrer grandes distancias para llevar a cabo este juicio, pues el Juez divino lo tenemos en el corazón (enar.psal. 74,9).

76 Civ.Dei 20,14.

77 Enar.psal. 49,7.

78 Enar.psal. 55,6.

79 Así aparece reflejado en muchos pasajes de vera rel. Cristo es llamado por el santo “el divino Juez” (ep. 87,4). Es juez tanto de los hombres como de los demonios (*daemones*) (civ.Dei 20,1,2), esas criaturas intermedias frente a las cuales Agustín habla del único mediador salvífico. En relación con el juicio, Studer asegura que, por influjo neoplatónico, Agustín tiene una noción de iluminación que lleva al propio hombre

a vivos y a muertos (*Ap* 10,42), sin dejarse corromper⁸⁰. Cristo, siendo Luz e iluminando, discierne la tipología de hombres que se encuentra, y por eso el proceso iluminador separa a las ovejas de las cabras (*Mt* 25,32), a los buenos de los malos⁸¹. Lo que ocurre es que, aun sabiéndolo Él, aquí en la tierra la ciudad de Dios está conviviendo necesariamente “cerca” de la ciudad de Babilonia. Ahora la luz tiene próxima a la oscuridad: no puede ser de otra manera. Pero en el cielo los malos no estarán junto a los buenos⁸²; el trigo estará completa y definitivamente separado de la cizaña y ya no habrá “permixtura” posible.

Hasta que esto llegue, los buenos deben tener mucha paciencia vigilante: una paciencia que ha de durar nada menos que toda la vida. Así, sabiendo esperar, los “hijos de la Luz” deben cuidarse del diablo⁸³. Él quiere evitar, a toda costa, nuestra entrada en el cielo. El título cristológico “Juez” está muy relacionado con el título de “Rey”. Y es que Cristo se sienta en su “trono sagrado” para separar a unos de otros (queda claro en *Mt* 25,31). Él viene con gloria, con luz divina, para juzgar a vivos y muertos⁸⁴, tal y como recitamos en el Credo. Agustín sabe que este juicio justo⁸⁵ llevado a cabo por Jesucristo está muy relacionado con el conocimiento. La luz del Juez iluminará el conocimiento y se conocerá todo, hasta lo más secreto (*Rm* 2,16). Esta luz nos permite ir conociendo ya los caminos del Señor (*Sb* 4,20s.) para transitarlos convenientemente⁸⁶.

a juzgar de la verdad, gracias a la presencia misteriosa en él de la luz divina (sol. 1,8,15; Trin. 12,15,24 y 14,15,21) y del Verbo eterno (mag. 1,38 y Trin. 4,2,4). Esta teoría ejerció una gran influencia en la Edad Media y fue luego completada por las reflexiones de san Buenaventura (cf. STUDER, B., «Voz “Iluminación”», en BERARDINO, A. di [ed.], *Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane* [3 vols.], Casale Monferrato, Marietti 1983-88. Traducción española en Sigueme, Salamanca 1991, p. 1082).

80 Ser. 113,2.

81 Dice el santo que los juicios del Señor no son juicios inicuos (ep. 102,25). Dios dará a cada uno según sus méritos (gr. et lib.arb. 23,45).

82 Civ. Dei 20,5.

83 Civ. Dei 20,8.

84 Ep. 199,11,40.

85 Cf. gr. et lib.arb. 6,14-7,16.

86 De esto ya se habla en el libro del AT de Sb. Sobre el juicio de Dios en parámetros veterotestamentarios es oportuno fijarse en civ. Dei 20, todo el cap. 30.

El esplendor de la divinidad ofrecerá recompensa o castigo, dependiendo de la realidad personal concreta que entre en contacto con Dios⁸⁷. El Señor se manifestará⁸⁸ y el contraste de las personas con su identidad cristológica, en su manifestación, será decisivo⁸⁹. Su función será controlar la “temperatura religiosa” de los hombres: por eso habrá distintos grados de recompensa y también distintos grados de castigo⁹⁰. Al tiempo que es misericordioso es justo y a la vez que es justo es infinitamente misericordioso. Su juicio tiene integradas estas dos claves de actuación en un juicio seguro, universal, eterno, definitivo, único e irrevocable.

Existirá un examen basado en la caridad. Parte Agustín de que es el mismo el que juzga que el que ha pasado por todos los tormentos de este mundo: la misma persona, no una sufriente por un lado y otra llena de fuerza por el otro. Es el mismísimo Jesucristo el que, habiendo sido paciente en la cruz, será también poderoso en el juicio⁹¹. Nos-

87 La vuelta de Cristo es un motivo de esperanza para el que anhela llegar a la vida eterna, que será dada como premio por el propio Dios. Es natural que se vea el juicio con sentimientos de deseo y de esperanza, para recibir la recompensa de Dios, habiendo superado las ataduras a las cosas de este mundo. Cristo Juez vendrá a coronar a sus elegidos y la esperanza de su retorno, iniciada en la Iglesia el día de la Ascensión, se vive ahora en el tiempo de la fe: nuestra gloria está todavía escondida (cf. OCCHIALINI, U., *La speranza della Chiesa pellegrina. Teologia della speranza nelle “Enarrationes in Psalms” di S. Agostino*, Ed. Tipografia “Porziuncola”, Assisi 1965, pp. 94-95). En relación a la parusía, a la segunda venida de Cristo, quizá la imagen más frecuentemente asociada a su gloria inherente es la de la luz, porque la segunda venida será una clarificación, un día de brillo clarificador. Será una espada que brillará como luz para los justos, y como terror para los malos. La gloria de Cristo será para el justo una luz; no ha de olvidarse que será fuego para los malvados (cf. GILLETTE, G., «La gloria de la segunda venida de Cristo, en las “Enarrationes in Psalms”, de Agustín», en *Augustinus* 44 [1999] 110).

88 Enar.psal. 35,5.

89 Él es el que es, Dios, inmutable: la recompensa o castigo vendrá de la semejanza o la desemejanza con ese Dios. Vendrá de la semejanza o desemejanza en la participación con la naturaleza divina que el hombre o la ciudad hayan “conseguido” (con la gracia de Dios) durante la peregrinación terrenal.

90 Afina mucho el santo y asegura que Dios es distribuidor justísimo de méritos y de castigos. Es iluminador de las almas y se da a ellas, haciéndolas sabias y felices; también cuidándolas providencialmente (div.qu. 53,2).

91 Enar.psal. 85,21 [v.16].

tros hemos de aceptar la cruz si queremos conseguir el cielo⁹². En el momento del juicio no dará lo mismo haberse afiliado en esta vida a la luz que haberse adscrito existencialmente al influjo de las tinieblas: en el juicio “se avergonzarán” los pecadores⁹³. Cristo, juez misericordioso⁹⁴ que invita a la conversión, ofrece en la teología agustiniana una “escatología ya bastante realizada” en el más acá, aunque no del todo. Por eso invita una y otra vez a posicionarse en el sano temor⁹⁵ que lleva a la conversión del creyente⁹⁶, con el fin de mantener siempre despierta la esperanza en la inmortalidad⁹⁷. Aquí, en este mundo, las vicisitudes son pasajeras, mientras que en el escenario escatológico tanto los gozos como los suplicios⁹⁸ estarán caracterizados por el rasgo de la eternidad⁹⁹.

El núcleo del juicio del Juez *Illuminator* es la *caritas*¹⁰⁰. Ella lo decidirá todo. El Padre, que juzga todas las cosas por el Hijo (por ser éste su Sabiduría y su Verdad)¹⁰¹ sabe que el Hijo pondrá su luz sobre la conducta caritativa de cada uno (*Mc* 12,38-40). El texto clave y decisivo es el conocidísimo de *Mt* 25,40: “*lo que hicisteis a uno de estos, mis*

92 Cf. ser. 260-C,5.

93 Enar.psal. 85,23 [v.17].

94 Ep. 140,34,79. Sin dejar de ser misericordioso debe ser esperado, eso sí, como Juez (ep. 232,7). Es además justísimo Juez (ser.Dom.mon. 1,22,76).

95 Enar.psal. 98,6.

96 Juicio y fe aparecen íntimamente relacionados, de manera que, en la certidumbre del juicio futuro, “el que no cree en Cristo ya está juzgado” (agon. 27,29).

97 Enar.psal. 48,1,5 [v.5].

98 A los suplicios se refiere el santo con el nombre de perdición.

99 Cat.rud. 24,45.

100 La caridad tiene un papel nuclear en toda la teología espiritual agustiniana. No puede desestimarse que la caridad es el centro, el alma y la medida de la perfección. El santo une directamente la ciencia y la sabiduría cristianas a la caridad, siempre acompañada del temor filial, no del temor servil que se opone a ella. Para Agustín, en ella se halla el contenido del mensaje de las Sagradas Escrituras, el objetivo de la teología, la síntesis de la filosofía y de la buena política, la suma de todas las virtudes, el don del que dependen todos los dones del Espíritu Santo (cf. DIEGO SÁNCHEZ, M., *Historia de la Espiritualidad Patrística*, Ed. Espiritualidad, Madrid 1992, p. 259).

101 Puede verse a lo largo de la obra *De Trinitate*.

humildes hermanos...”. El juicio escatológico-agustiniano, por lo que venimos viendo, está siempre definido y contextualizado teológicamente en los posicionamientos de la Sagrada Escritura.

La vivencia o no vivencia creyente de lo que en ella se nos pide será determinante para recibir una u otra recompensa, o para presentarnos iluminados u oscurecidos frente a Cristo Luz. Los santos, los ciudadanos del cielo, serán reconocidos por Cristo Juez¹⁰² y se salvarán por haber tenido una fe en Él (*Jn* 3), que ha cristalizado en obras¹⁰³. Ellos son los mejores ciudadanos de la *civitas Dei*. Aunque sólo Cristo es el juez¹⁰⁴, el que examinará del amor, los espirituales unidos a Cristo participan –de algún modo– de esta capacidad de juzgar. También ellos son juzgados por la Verdad¹⁰⁵. Tras el juicio final la Luz iluminará los cielos nuevos y la tierra nueva: para los que temen al Señor¹⁰⁶ brillará el Sol de justicia, que les traerá la salvación en sus rayos (*Ml* 3,20). Los santos, en la beatitud de Dios, serán luminarias nuevas y eternas¹⁰⁷.

Después de todo lo apuntado, San Agustín nos brinda una llamada a la confianza¹⁰⁸: no es una llamada al pesimismo, como muchos le han achacado, quizás por no haber mesurado convenientemente sus afirmaciones dentro de toda su cosmovisión teológica.

Ahora bien, Agustín nos pide que nos preparemos “temiendo” el juicio de Dios, ya que el que vino a ser juzgado vendrá a juzgar¹⁰⁹. Hemos de ser buenos y hacer obras buenas en este mundo. Entonces seremos considerados dignos al final de la vida, para poder ser lleva-

102 Civ.Dei 20,14.

103 Ser. 18,4,4.

104 Un juez que juzga, por cierto, con serenidad (ex.prop.Rm. 8 [9]). De Cristo Juez se nos habla oficialmente en la Iglesia según el CEC 1051 y 1059.

105 Cf. vera rel.

106 Agustín nos pide que nos preparemos “temiendo” el juicio de Dios, ya que el que vino a ser juzgado vendrá a juzgar (enar.psal. 66,10).

107 Civ.Dei 20,22.

108 Ep.Io. homil. 9^a,2.

109 Enar.psal. 66,10.

dos al cielo tras el juicio final¹¹⁰. En el más allá unos se salvarán y se permite que se condenen los demás, por causas justas, que nosotros no podemos ni atisbar¹¹¹.

El juicio universal seguirá a la resurrección de los muertos, al fin de este mundo, en el momento señalado por el Padre y que nosotros no conocemos¹¹². Todos seremos sometidos al juicio del Hijo del hombre, según vemos en *Mt* 19,28. Cristo juez se presentará en el cuerpo en que fue juzgado, revestido de gloria¹¹³. Separará a los buenos de los malos de modo automático, tanto a los que hayan muerto como a los que aún vivan¹¹⁴. Este juicio, junto a la desgracia suma y merecida por todos y solo los malos, ofrecerá la auténtica y colmada felicidad a todos y solo los buenos. Habrá llegado la hora de la transformación del mundo en un cielo nuevo y en una tierra nueva. Los buenos vivirán verdadera y felizmente en la vida eterna. Concluimos este apartado indicando que en el cielo unos vivirán más excelentemente que otros¹¹⁵.

5. EL CIELO Y *LA CIUDAD DE DIOS*

San Agustín dedica todo el último libro de *La ciudad de Dios*, el número 22, a hablarnos del cielo, fin de la ciudad de Dios. El cielo, según afirma el tagastino en esta obra suya, se caracteriza por la felicidad eterna. Los dioses no pueden conceder dicha felicidad (6,1). La condición para que sea –en efecto– verdadera felicidad es la de ser eterna (11,11; 11,13 y 14,25). El número de los elegidos que, lógicamente, irán al cielo ha sido fijado por el mismo Dios (14,27). La “casa” que se ha prometido a David y la “paz” que se ha prometido a sus

110 Cf. *civ.Dei* 20,1,2.

111 CAPÁNAGA, V., en *Obras Completas de San Agustín*, citado en MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, Ed. BAC, Madrid 2004, p. 658.

112 Cf. *civ.Dei* 20,1 y 5.

113 Cf. GILLETE, G., «La gloria de la segunda venida de Cristo, en las Enarrationes in psalmos, de san Agustín», en *Augustinus* 44 (1999) 113, citado en GARCÍA GRIMALDOS, M., *El nuevo impulso de San Agustín a la antropología cristiana [Tesis doctoral. UPSA]*, Salamanca 2004, p. 368.

114 Cf. *civ.Dei* 20,15.

115 Cf. *civ.Dei* 20,1,2; 20,16; *ench.* 111,29.

hijos, sólo se cumplen en el cielo (17,12-13). Las excelencias del cielo son superiores a las de la paz terrena (19,10). La felicidad eterna se vincula a la paz eterna, en la que los justos encuentran su perfección (19,11). Aquí se halla la felicidad que la visión de Dios dará al justo (19,27). Estamos ante la felicidad del cielo nuevo, que llega tras el juicio final (20,16). Ésta será la felicidad que viva la Iglesia tras el fin del mundo (20,27). Nos lleva ciertamente a pensar en el río de paz del que habla Isaías (20,21,1). Es una felicidad en la que la eternidad posee un sentido propio (22,1,1). Dicha felicidad eterna ha sido prometida por el mismísimo Dios (22,3). El cielo posee una belleza superior, en relación a los bienes terrestres (22,21). La felicidad eterna contrasta con las maravillas de la vida presente (22,24,5).

Agustín describe –teniendo en cuenta las dificultades de precisión que surgen a la hora de hablar de los asuntos escatológicos– cómo será la felicidad eterna de la ciudad de Dios (22,30). En el cielo la única ocupación será la alabanza a Dios (22,30,1). En el cielo se obtendrá la visión de Dios, cuyos rasgos definitorios son: felicidad, conocimiento, libertad y descanso en Dios (22,30,2-4). En el cielo los verbos que conjugaremos son los archiconocidos por toda la familia agustiniana: “*Vacabimus et videbimus; videbimus et amabimus; amabimus et laudabimus*” (22,30,5). En *La ciudad de Dios* pueden verse las objeciones que algunos plantean a la cosmovisión agustiniana de la antropología en el escenario celestial. Le indican a Agustín que los cuerpos terrenos no pueden pasar a la mansión celeste, y él les responde en 22,4. Le echan en cara al santo que no es posible la resurrección, y éste les contesta en tono apologético en 22,10, en 22,12-14, en 22,20, y también en 22,25. Los platónicos le objetan que la gravedad impide que nuestros cuerpos suban al cielo, y él les responde en 22,11. Porfirio defiende que el alma, para ser feliz, debe huir de todo cuerpo, y Agustín le contesta en 22,26.

El discurso Agustiniano plantea el paralelismo de lo terreno frente a lo celestial. Lo de abajo frente a (o hacia) lo de arriba evidencia diferencias sustanciales. En la tierra todos estamos mezclados, pero en el cielo los malos no estarán junto a los buenos¹¹⁶. Aquí en la tierra

116 Civ. Dei 20,5.

hay muchos signos de pecado y limitación, mientras que la Jerusalén celestial será la patria pura y casta¹¹⁷.

Cristo está en el cielo y continúa todavía en la tierra. Sí, aunque está ya en el cielo, Cristo tiene hambre, tiene sed, está desnudo, carece de hogar, está enfermo y está encarcelado. Cuanto padece su Cuerpo, Él mismo lo padece. Sufre en la tierra las fatigas que padecemos nosotros, miembros suyos¹¹⁸. En este mundo todavía hay luchas: ahora se da una rivalidad entre las obras de la carne y las del espíritu, vinculadas bien a la ciudad de la tierra o bien a la ciudad del cielo¹¹⁹. En este escenario terrestre, los que tratan de seguir e imitar a Cristo siguen su andadura sin descanso; ellos viven su existencia en la historia, pero sabiéndose ya –en esperanza– verdaderos ciudadanos del cielo (cf. *Flp* 3,20). Tanto en este mundo como en el otro el Espíritu Santo es donado. Asevera Agustín que el Señor Jesús dio dos veces el Espíritu Santo: la una, en la tierra, para significar el amor al prójimo; la segunda, desde el cielo, para indicar el amor de Dios¹²⁰.

La tensión de lo terreno frente a lo celestial también puede captarse en la Iglesia. En estos momentos ella vive de la fe y se expande por el mundo: “*honrad, amad, pregonad también a la Iglesia santa, vuestra madre, como a la ciudad santa de Dios, la Jerusalén celeste. Ella es la que fructifica en la fe que acabáis de escuchar y crece por todo el mundo: la Iglesia del Dios vivo, la columna y sostén de la verdad, la que tolera en la comunión en los sacramentos a los malos, que serán apartados al fin de los tiempos, y de los que ya se separa ahora por la diversidad de costumbres. A causa del trigo, que gime ahora en medio de la paja, y cuya cantidad, almacenada en los graneros, se hará manifiesta en la última limpia, recibió las llaves del reino de los cielos, para que, por obra del Espíritu Santo, tenga lugar en ella el perdón de los pecados mediante la sangre de Jesucristo*”¹²¹.

117 Conf. 10,35,56.

118 Cf. CALVO MADRID, T., *La Iglesia Católica según San Agustín*, Editorial Revista Agustiniana, Madrid 1994, pp. 118-119.

119 Cf. FELIX NOURRISON, J., *La Philosophie de Saint Augustin*, Librairie Académique. Didier et Cie., Paris 1865, pp. 45-46.

120 Trin. 15,26,46.

121 Ser. 214,11.

En la ciudad de Dios celestial estarán los elegidos, gozando de la eterna bienaventuranza. Su felicidad será eterna o no será. No estamos ante un tiempo prolongado durante siglos, ni ante una aparente perpetuidad. Estamos –eso sí– ante una eternidad sin fin. Es la eternidad de los hombres que son inmortales (por gracia), así como los ángeles son inmortales (por naturaleza)¹²². Dichos hombres inmortales gozarán de una suerte feliz, en eterna bienaventuranza, separados de la ciudad de los malos que vivirán en eterna miseria. La existencia en el más allá no tendrá fin. En el cielo estarán los hombres salvados, que ocuparán las sillas libres y vacías que dejaron los ángeles desertores¹²³. En el cielo –además– resplandece la gloria de la Ciudad Santa de Jerusalén. Es la gloria de la ciudad que baja del cielo, presente junto a Dios; se trata de la ciudad cuyo resplandor es como el de una piedra muy preciosa, como el jaspe cristalino (*Ap* 21, 9-11).

La dimensión social, por todo lo que venimos anotando, estará presente en el gozo escatológico. No sólo seremos felices a nivel individual, y lo que cada uno tenga será común a todos. La unión de corazones (una de las realidades más valoradas por Agustín) no se queda sólo aquí en la tierra. La amistad que aquí en este mundo no es del todo perfecta, aparecerá indefectible en el más allá. Después de la peregrinación terrena se consumará la perfección de la unidad de las muchas almas y corazones que constituyen la ciudad celestial¹²⁴. Sí: la felicidad del cielo agustiniano posee una dimensión comunitaria, como bien apunta Agostino Trapè. No es San Agustín el pionero de esta cosmovisión escatológica, pues la hereda de la revelación eclesial. Así como la felicidad esencial escatológica consiste en la visión de Dios –lo presentaremos en el próximo artículo, segunda parte de éste–, la felicidad accidental escatológica consiste en la sociedad y en la mutua caridad de los salvados con Cristo, con María, con los santos y con los ángeles. Es una felicidad adicional, común a todos los bienaventurados, que se reunirán en la cena festiva, en la casa del Padre, en la ciudad nue-

122 Civ. Dei 22,1.

123 Cf. MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, Ed. BAC, Madrid 2004, pp. 657-678.

124 Cf. bon.coniug. 18,21.

va, en el tabernáculo de Dios y los hombres, y en el propio pueblo de Dios. Hablamos de un paraíso en el que existe la comunión real de sus integrantes. Dicho paraíso goza de una paz social, generada por una perfecta concordia y armonía, en la que la paz es interpretada como la *tranquilitas ordinis*¹²⁵.

6. CONSIDERACIONES CONCLUSIVAS

– *Cristocentrismo escatológico*. En la cosmovisión agustiniana de la *civitas Dei* (tanto en su estadio terrenal como en el escatológico-celestial), Cristo tiene un puesto central. Nuestra salvación tiene lugar en Cristo, ya que es en Él donde llegamos a ser justos e inmortales. En Cristo es donde se salva el bien originario que Dios puso en nuestra naturaleza al crearla. La resurrección de los cuerpos, así como la inmortalidad posterior, proceden de Cristo, y son don de Cristo. Sólo en la unión con Cristo nosotros podremos recibir estos bienes. Mediante nuestra unión con Cristo podremos participar de los bienes propios de Dios. Sólo en Cristo podremos alcanzar nuestra salvación definitiva. Cristo salvador es universal, y es accesible a todos los hombres de todos los tiempos. En Cristo podremos tener la esperanza verdadera, pues Él es el dueño y el señor de la vida, de la muerte, de la historia, de la resurrección de las almas y de la carne, y también de la consumación de la historia. Estamos convocados –por Agustín– a tener fe en el señorío de Cristo sobre la vida y la muerte y a tener fe en la dimensión gloriosa de su cruz, paso obligado para llegar a la propia resurrección. El corazón de la escatología agustiniana es Jesucristo. En la cruz, Cristo entrega voluntariamente su vida, con señorío y libertad, y así nos abre el camino del cielo. Los tiempos finales están en las manos del Señor, y la historia ha de mantener una sana esperanza, que le devuelva el gozo por vivir. Cristo posee grandeza al morir y grandeza al resucitar, y de esto todo se puede esperar¹²⁶. En el cielo se halla –en Cristo– la mejor versión de nosotros mismos.

125 Cf. MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, Ed. BAC, Madrid 2004, p. 673.

126 Cf. civ. Dei 10,32,2 y 10,25; Io.ev.tr. 47,7; 8,10; 119,6. Textos citados en MATEO-SECO, L. F., «Escatología», en OROZ RETA, J., y GALINDO RODRIGO, J.

– **Tensión intensa.** Cuando Agustín diserta sobre el cielo constata una clara e incómoda tensión. No estamos, todavía, en el tiempo del descanso definitivo. Notamos una tensión intensa que muestra, a las claras, la zozobra de un corazón inquieto que aún no ha llegado a la meta; hablamos del corazón del hiponate y también de nuestro propio corazón. ¿No nos duele, en no pocas ocasiones, el tener que soportar intensamente la tensión indicadora de que todavía no hemos llegado al cielo? El cielo es de alguna manera, en esta tierra en la que el polvo ensucia los zapatos, lo no conseguido y lo no alcanzado. Estamos en el tiempo de la tensión que, en no pocas ocasiones, tensa en demasiado las cuerdas de nuestras almas. Tiempo de tensión que es también tiempo para la seriedad y la responsabilidad, y es que nadie nos asegura –con un cien por cien de garantía– nuestra entrada y permanencia en la morada celestial. Tensión no pocas veces intensa que experimentamos tanto individual como comunitariamente. Somos un pueblo de creyentes –pueblo y casa de Dios– que con frecuencia notamos las tensiones de una Iglesia que camina hacia Dios, a lo largo de una senda no siempre llana y no siempre exenta de dificultades, venidas de fuera o de dentro. Tensión que nos pide autocrítica incesante, que ojalá siempre surja del contraste de nuestra vida ante la luz del Resucitado. Autocrítica que, en su versión cristológica y definitiva, nos irá preparando para el juicio último e irrevocable de Cristo, que un día vendrá a juzgar a vivos y muertos, y cuyo reino no tendrá fin. Autocrítica que nos tensiona y que pone a prueba nuestra capacidad de respuesta, para calibrar si estamos o no estamos viviendo según los dictámenes del Evangelio, y para –en el caso de que fuera necesario– hacer las reformas de vida que fueran menester. Tensión que hemos de vivir ante una permanente amenaza del enemigo; y es que es más que evidente que hay alguien empeñado en evitarnos la entrada en la morada celestial. El auxilio de la oración y los sacramentos, así como la ayuda que nos viene de lo alto mediante el apoyo de una multitud de intercesores (santos y mártires), serán para nosotros inyecciones de fuerza divina; con ella saldremos airosos del combate agónico de esta existencia. Tensión que, a fin de cuentas, prueba a las claras que entre

la carne y el espíritu (*Gál 5,17*) continúa desarrollándose sin tregua en las entrañas de cada persona y de la sociedad en su conjunto.

– **Estabilidad eterna.** El cielo es intuido y creído por Agustín como el estado de la suma tranquilidad o de la estabilidad eterna. Todo permanecerá allí imperturbable junto al Dios eterno y tres veces santo. Serenidad, inmutabilidad... Estamos ante el escenario de una realidad sublime, pacífica y definida además por su definitividad e impecabilidad. No podía ser de otra manera, si admitimos que el cielo es el “lugar” en el que reina indefectiblemente la santidad de Dios y de los suyos. Allí cada uno será identificable, pues en el más allá no perderemos nuestra identidad personal más definitoria. Agustín dice sí a la corporeidad escatológica, así como también afirma la ausencia de deformidades. Cada uno tendrá un nivel propio de santidad o de felicidad eterna, existiendo una gradatoria que –por otro lado– no generará envidias ni malestares. Agustín habla también del cielo como del “lugar” de la belleza, la armonía, la luz, la felicidad sin fin... En el cielo ya no habrá posibilidad para la mixtura del bien y el mal. Allí todo será bueno, límpido, irreprochable y transido de la presencia transparente del Dios inigualable, sumo y perfecto. El amor purísimo y eterno evidenciará que el plan de Dios tiene la última palabra. Dios cumple sus promesas, y lo que anunció hace muchos siglos por medio de sus santos profetas se cumplirá íntegramente un día, en todos sus detalles más precisos. El movimiento, la inquietud, los tanteos y las inestabilidades propias de esta vida desembocarán en un mar de serenidad, orden, quietud y certidumbre. Entonces contemplaremos un cielo nuevo y una tierra nueva; el primer cielo y la primera tierra habrán desaparecido, y el mar ya no existirá (cf. *Ap 21,1*).

MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA

